

ONZA, TIGRE Y LEON

REVISTA PARA LA INFANCIA VENEZOLANA



ABRIL DE 1945 -- NUMERO 70

HECHOS HISTORICOS

BOMBONA Y PICHINCHA



La ciudad de Guayaquil, en el Ecuador, se había alzado en armas proclamando su independencia; pero careciendo de recursos para la guerra pidió auxilios a Bolívar.



El Libertador comisionó a Sucre para abrir la campaña, y después concurrió él personalmente a ponerse al frente de las operaciones militares.



Organizado y equipado el ejército, Bolívar toma el mando supremo, y el 7 de abril de 1822 gana la batalla de Bomboná que le abre las puertas de la ciudad de Pasto.

Sucre, que había tomado la ofensiva contra el jefe realista Aimerich, triunfa el 24 de mayo en la batalla de Pichincha, y con estas dos victorias queda libertado el Ecuador e incorporado a la República de Colombia.

ONZA, TIGRE Y LEON

REVISTA PARA LA INFANCIA VENEZOLANA

DIRECTOR: RAFAEL RIVERO O.

EDITADA POR LA DIRECCION DE CULTURA DEL MINISTERIO
DE EDUCACION NACIONAL

Talleres de Artes Gráficas de la Escuela Técnica Industrial.

Nº 70

CARACAS, ABRIL DE 1945

AÑO 7

S U M A R I O

ANECDOTAS DE BOLIVAR
La Modestia del Héroe 2

NUESTROS POETAS
Décimas Infantiles 3

CIENCIAS NATURALES
La Vida y la Luz 5

FOLKLORE VENEZOLANO
Adivinanzas en Prosa 6

CUENTOS POPULARES
VENEZOLANOS
Francisqueta Seca 8

LOS NIÑOS COLABORAN
Los Dos Amigos 11

TEATRO DE TITERES
El Falso Fakir 12

SUPLEMENTO
Alegorías del Año y las Es-
taciones.

NUESTRA PORTADA

El dibujo que aparece en la carátula de la presente revista representa la instalación de un trapiche primitivo para extraer el jugo de la caña de azúcar, constituido por tres masas o cilindros de hierro macizo, que giran en posición vertical, triturando la caña y exprimiéndole el zumo que contiene. Esta máquina rudimentaria es puesta en movimiento por la tracción de una yunta de bueyes que, aguijonada por un hombre, tira de una pértiga unida al eje de mando del mecanismo. Otro obrero va introduciendo los trozos de caña por entre la hendidura que queda entre las masas giratorias.

Muestra de un buen espíritu de observación da el niño Nelson Lara, alumno de tercer grado en la Escuela Federal Graduada "Juan de Maciónado", de Maracaibo, al ejecutar un dibujo como el referido, en el cual no ha omitido detalles para dar una imagen cabal del motivo propuesto; motivo en el que, además, luce su autor el sereno criterio de tratar las costumbres y cosas autóctonas de nuestra tierra.

ANECDOTAS DE BOLIVAR

LA MODESTIA DEL HEROE

Por el Dr. González Guinán



En 1819, cuando el Libertador dió la independencia a Nueva Granada con su famosa campaña del Paso de los Andes, el contento que los habitantes de Bogotá manifestaron a la llegada de Bolívar no reconoció límites. El Dr. Vicente Azuero, quien más tarde habría de ser uno de los más implacables enemigos de Bolívar, le dice en un discurso: “Vuestro nombre ya inmenso hoy va a ocupar la admiración de la posteridad y su asombro... El tiempo sólo pasará para aumentar vuestra grandeza. Este nombre augusto va a inscribirse sobre una columna; nunca se grabará en ella otro más digno. Ella se destruirá y vuestros hechos subsistirán siempre. Mientras haya un hombre digno sobre la tierra, el nombre de Bolívar sonará dulcemente y nuestros últimos nietos, penetrados todavía de reconocimiento, lo ofrecerán a sus hijos como el más bello ejemplo que imitar.”

A tan encomiásticas frases, Bolívar dió una lacónica pero elocuentísima contestación:

—Ilustre y grande orador —dijo—, el héroe que has descrito no soy yo; procura tú imitarlo, y yo lo admiraré.

NUESTROS POETAS

DECIMAS INFANTILES

por Alberto Arvelo Torrealba



*"Vacas peleando".—Dibujo de un niño indio
de las misiones de la Gran Sabana.*

*"La guacharaca de Apure
le dijo al pájaro vaco:
—Préstame tu candelita
para encender mi tabaco".*

*"Ahí viene la paraulata
con la canillita seca:
gavilán no se la come
porque no tiene manteca".*

El alba canta su loa
de luces para el estero.
Apureñito coplero
mira desde la canoa.
Se enfiesta la chiricoa
en el pie del merecure
para que baile el picture,
y desde el claro espinito
brinca leguas con su grito
la guacharaca de Apure.

El vaco anida en borales
donde el pichón no peligre,
pero allá viene Tío Tigre
por entre los matorrales. . .
¿Quién pudo hacerle señales
al dormido pajarraco?
Llévate el nido en un saco
para el boralito viejo,
el pícaro Tío Conejo
le dijo al pájaro vaco.

Con retozones arreslos
los locos alcaravanes
no paran en los samanes
ni en los corozos enhiestos.
Jueguen a cambiar de puestos
sobre la arena marchita.
El que vuela es el que grita,
y cuando uno el cambio quiere,
gurrunción ñénguerre fiere,
préstame tu candelita.

Aquí te tengo el paisaje
para tí bello y sin brumas,
como las lucientes plumas
del güirirí que te traje.
Te echaré el otro pasaje
del conejito bellaco
con el ñénguerre y el vaco
cuando vengas de la escuela.
Y tú me darás candela
para encender mi tabaco.

El cristofué del uvero
lo oyó en el cañaveral:
se lo dijo el turupial
al arrendajo coplero,
el arrendajo al maicero,
el maicero a la camata,
la camata al pico 'e plata,
el pico 'e plata al chorlito,
todos en un solo grito:

—¡*Ahi viene la paraulata!*

La garza, como ninguna
en el señero donaire,
con una pata en el aire
se pone a ver la laguna.
Como rayito de luna
el airón se le desfleca.
Con la envidia en una mueca
dice al verla la pavita:
—¡Lástima la pobrecita
con la canillita seca!

Don gavilán está fiero
acurrucado en su mata.
Despierta la paraulata
llamando al cucarachero.
Rimaré su cancionero
cuando el sol temblando **asome**
del rosal al tamarindo.
Como le canta tan lindo,
gavilán no se la come.

Al niño que no es malo
le echa cuentos Baltasar,
le enseña coplas Gaspar
y Melchor le da el regalo:
el caballito de palo,
el avión o la muñeca.
La bruja malvada y seca
cuando pasa el rey suspira;
pero Melchor ni la mira
porque no tiene manteca.

A. A. T.



LA VIDA Y LA LUZ



El principio de que “a mayor intensidad de luz, mayor intensidad de vida”, adquiere en la fauna y en la flora marina un aspecto positivo e incontrovertible; la casi totalidad de los peces de que se vale el hombre para su alimentación nacen y se desarrollan dentro de un plano de acción que no escapa a la penetración de la luz del sol. Esta misma condición regula el nacimiento y desarrollo de los vegetales; como en la corteza terrestre, la iluminación del astro es una condición indispensable para el estímulo, el crecimiento y la conservación de la vida.

La ciencia divide en tres porciones la fauna de los océanos. La de las costas se extiende hasta los seiscientos metros de profundidad y está caracterizado por el completo estado de desarrollo, variación y utilidad de las especies; la fauna pelágica, en cuya ordenación se agrupan especies inferiores, como los microorganismos fosforescentes, que iluminan el espacio en que se mueven y la fauna profunda, donde la obscuridad y la presión del agua, niegan apropiadas formas de vida. En esta última hallanse elementos vivientes completamente extraños, a quienes la ciencia destina una escala diferente. La flora marina sigue una ordenación paralela hasta el instante en que parecen confundirse; son las fronteras en que coinciden ambos reinos y donde el hombre especula con la idea de si es el animal quien se insensibiliza en un confuso expediente de preservación, o es el vegetal quien invade dominios de mayor perfección con ánimo de eternizarse.

R. M. G.

FOLKLORE VENEZOLANO

ADIVINANZAS EN PROSA

por R. Olivares Figueroa



Aunque no es la adivinanza, originariamente, un género infantil, los niños le han dispensado sus preferencias y adoptado como cosa suya. Se comprende su inclinación, porque gusta, en esa edad, el reactivo de la sorpresa que lleva aparejado este divertimento.

Cuando se reúnen varios, en sus ocios, cansados ya de juegos violentos, deciden, a veces, como variación, entablar certamen de adivinanzas. Algunos de ellos tienen tal repertorio que parece no se les agota nunca. No bien se enuncian ciertas de las conocidas fórmulas cuando, impacientes, interrumpen, a voz en grito, dando la respuesta, muchas veces tan conocida, siendo preciso imponer el orden. Bien que hay adivinanzas menos accesibles o poco oídas, a las que suele seguir general silencio, mientras que el que las propone espera sonriente, o bien rechaza los frustrados intentos de solución que van aventurándose, hasta que, al fin, atájales, diciendo: —¿Os dáis por vencidos?

Como no todas son en verso, y ya de éstas dimos una selección hace varios meses, hoy nos decidimos por la modalidad en prosa, en la que si parece hay menos poesía, no por eso escasea el ingenio.

- ¿Qué es lo primero del principio?
- La letra *P*.
- ¿Qué se necesita para matar a una liebre?
- Que esté viva.
- ¿Qué es lo primero que hace la vaca al salir el sol?
- Hace sombra.
- ¿A qué vuelta se acuesta el perro?
- A la última.
- ¿Quién fué el primero que se comió un mango?
- Un resuelto.
- ¿Qué hay en medio del purgatorio?
- Un gato.
- Es ave y es nada.
- Adán y Eva.
- ¿Qué fué lo primero que hizo Colón después de poner el pie en América?
- Puso el otro.
- ¿Quiénes fueron los primeros que vieron el mar?
- Los ojos.
- ¿Cuál es la boca más grande?
- La boca-calle.
- ¿Qué le dijo el tapón a la botella?
- Te voy a tapar la boca.
- ¿Qué le dijo el fósforo a la cajilla?
- Por tí perdí la cabeza.
- ¿Qué es lo que está en medio del mar y no se moja?
- La letra *a*.
- ¿Y en medio del río y no se moja?
- La letra *i*.
- ¿Y en medio del fuego y no se quema?
- La letra *e*.
- ¿Qué animal lleva el nombre en la cara?
- El chivo.
- ¿Cuál es el árbol que tiene la mitad de las hojas negras y la otra mitad blancas?
- El año.
- ¿En qué se parece la rosa a la aguja?
- En que se deshoja (Se dehoja la 1a, y la 2a se desoja).
- ¿Porqué el león tiene melena?
- Porque ningún peluquero se atreve a cortársela.

FRANCISQUETA SECA

Había en cierto lugar una pobre mujer, a quien, por lo flaca y desmejorada que lucía, todos daban el nombre de Francisqueta Seca. La infeliz se mantenía de yerbas y raíces que conseguía en los rastrojos y conucos abandonados; vestía su cuerpo con viejos harapos destrozados, y habitaba en una cueva natural excavada al pie de un cerro, en las afueras del pueblo.

Un día en que, como de costumbre, Francisqueta, con una tinaja de barro desportillada, fué a la orilla del río a buscar agua, se encontró allí con un viejecito, todo blanco, vestido de blanco y con el pelo blanco también.

—Buenos días, buen viejo —saludó la mujer.

—Buenos días,
Francisqueta Seca
—contestó en ancia-



no—. ¿Y dime, muchacha; con qué te alimentas, que estás tan delgada?

¡Ay, señor! —suspiró ella—. Soy tan pobre que no puedo comer sino las yerbas y raíces que encuentro en el monte.

—Vuelve a tu vivienda, Francisqueta Seca, y come de los alimentos nutritivos y sabrosos que encontrarás allí.

Alegorías del Año y las Estaciones (1)

Las escribió Pedro-Emilo Coll para entretenimiento de sus sobrinos
Trina Emilia, María Elena, Belén, Pablo Antonio, Margarita
y Cristina Liendo Coll, en el año
de gracia de MCMXXV

SÍMBOLOS:

Señor Año

Señorita Primavera

Señorita Estío

Señorita Otoño

Señorita Invierno

El Angel

(Un banco de piedra, sobre un fondo azul).

ALEGORIA I

El Año.—Como soy el Año Nuevo y todos esperan de mí lo que desean, todos me halagan y me miman. Mas, sobre mí está Dios, que es quien todo lo dispone, según su bondad y sabiduría. Pero es ésta, sin duda, la época en que recibo más saludos y felicitaciones. ¿Quiénes serán esas graciosas doncellas que se acercan a mí? ¡Ah, son las cuatro Estaciones!

(*Entran las Estaciones*)

Primavera.—Mira ese joven, con su traje nuevo. Me gustan mucho sus ojos.

Estío.—Y a mí porque parece muy alegre.

Otoño.—Y a mí su porte elegante.

Invierno.—Y a mí porque ya debe pensar en casarse.

Las cuatro.—¡Buenos días, caballero!

Año.—Buenos los tengáis lindas señoritas.

Las cuatro.—¡Ay, nos llamó lindas! ¡Qué simpático!

Año.—¿Adónde vais?

Invierno.—Buscamos la felicidad y un buen esposo.

Primavera.—Y yo.

Estío.—Y yo.

Otoño.—Y yo.

Año.—No os será difícil, dada vuestra belleza, encontrar marido, pero no os respondo de que seáis felices en vuestro matrimonio.

Invierno.—Pero vos debéis ser un buen esposo.

Primavera.—Y muy alegre.

Estío.—Y muy trabajador.

Otoño.—Y muy generoso.

Año.—De todo soy un poco. Pero como soy el Año Nuevo, no puedo comprometerme. Adiós, señoritas. Tengo que distribuir y preparar las faenas de los doce meses de mi reinado.

(*Sale*).

(1) En obsequio a sus infantiles lectores, "Onza, Tigre y León" se complace en reproducir en el presente suplemento de la revista, este precioso trabajo literario del eminente escritor venezolano Don Pedro-Emilio Coll.

Estío.—Es muy orgulloso ese joven. ¿Verdad, Primavera?

Primavera.—Pero en mí se fijó más que en vosotras.

Otoño.—Siempre te crees la preferida. Fué en mí en quien se fijó.

Invierno.—¡Qué tontas sois! Como mujer de su casa, fué a mí a la que prefirió.

Estío.—Ya vuelve. Veamos si se decide, al fin, por una de nosotras.

(*Regresa el Año.*)

Año.—¿Qué estáis charlando? ¿Habláis del prójimo en lugar de ir a vuestras ocupaciones?

Primavera.—Yo soy la Primavera y os ofrezco flores, señor Año.

Estío.—Yo el Estío y os regalo frutas.

Otoño.—Yo el Otoño y tengo hojas que parecen de oro.

Invierno.—Soy el invierno y os ofrezco cándidos copos de nieve.

Año.—Guardad esos regalos para los hombres, que sin ellos no podrían existir. Si mi padre, que es Dios, me permitiera elegir esposa, no sé a cual de vosotras elegiría, porque sois igualmente hermosas. Pero mi suerte es vivir soltero. Adiós, señoritas. No habléis tanto e id a cumplir vuestras obligaciones, que son muchas.

(*Se va.*)

Primavera.—Es demasiado juicioso para mi edad.

Estío.—Es muy altanero, para ser tan joven.

Otoño.—Parece poeta y los poetas son pobres.

Invierno.—Lo que es con él estamos perdiendo el tiempo. Vámonos a otra parte.

(*Salen.—Telón.*)

ALEGORIA I I

El Año.—¡Cómo vuelan las horas! Me parece que sólo hace siete minutos que vine al mundo y ya pasé la mitad del camino de mi vida. Creería que hace un instante, cuando, aquí mismo, cuatro lindas doncellas se me ofrecían para esposas. En tanto, hoy mis primeras canas y mis primeras arrugas alejan de mí los goces y los encantos de la juventud. Marcha a su ocaso el tibio sol de Estío y con él declinan mis años. Los ingratos mortales olvidan las dichas que les proporcioné y únicamente me atribuyen las penas que sufrieron. Verdad es que no repartí, por igual, alegrías y tristezas. Pero culpa mía no es si el Destino colocó más lágrimas que risas en mi alforja. ¡Ah, ¿pero qué miro?...

(*Entra la Primavera dormida en los brazos del Estío.*)

Estío.—¡Ah, no puedo más con Primavera que se ha dormido en mis brazos!

Año.—Reposa en este banco, que estarás fatigada.

Estío.—Gracias, buen señor. ¿Pero, dónde os he visto antes?

Año.—Mala memoria tienes, señorita Estío. Fué en este mismo sitio, bajo este mismo claro azul. Como han pasado ocho meses no me reconoces.

Estío.—¡Ah, sí, ahora recuerdo! ¡Pero cuánto habéis envejecido en tan corto tiempo! ¿Habéis sufrido mucho? ¿Estáis quizás enfermo?

Año.—No he dejado de tener mis contrariedades y la gota me mortifica bastante. Es natural, curiosa Estío. ¿Pero qué le ocurre a tu hermana Primavera?

Estío.—¡Qué se la pasó correteando por los campos y no se ocupó sino de recoger flores! Y ahora se ha rendido en mis brazos y parece que no va a despertar nunca.

Año.—Te engañas. Dios ha dispuesto que así sea y la naturaleza despierta con la Primavera. Tú misma dormirás en breve para renacer más tarde.

Estío.—Pero yo me he ocupado de cosas útiles y he repartido frutos a los hombres.

Año.—Las flores son tan útiles y preciosas como los frutos. Primavera trabajó tanto como tú y fué como los lirios del campo, amados de nuestro Señor Jesús.

Estío.—¡Ah, cómo pesa este cesto de frutas en mi brazo! ¡Qué sueño tengo!

Año.—Reclinate en la Primavera y duerme como ella.

(Estío se duerme al lado de Primavera.—El Año se queda contemplándolas).

(Entra Otoño).

Otoño.—Dígame, buen señor, habéis visto a mis hermanas Primavera y Estío?

Año.—Míralas allí dormidas.

Otoño.—¡Qué perezosas! Que aprenda de mí que siempre estoy en mis ocupaciones.

Año.—¿Cuáles son, vanidosa señorita Otoño?

Otoño.—¿Por qué me llamáis vanidosa? ¿No son cosas serias pintar de oro las hojas de los árboles y combinar colores y líneas para las nuevas modas de mi Estación?

Año.—¡Tienes razón! Como soy algo poeta, tengo debilidad por tí, bella Otoño.

Otoño.—¿Sois poeta? ¿Cómo os llamáis?

Año.—Me llamaron el Año Nuevo, pero ya no lo soy, porque voy para viejo.

Otoño.—¡Ah! Sí, tenéis algunas canas y arrugas. Pero cuánta experiencia tendréis de las mujeres.

Año.—¿De qué me sirve, si me quedan pocas horas para emplearla? Además mis piernas comienzan a flaquear con el peso de los días.

Otoño.—¡Pobre señor Año! Apoyaos en mi brazo y venid a ver el bosque dorado y los nuevos trajes y modas que inventé. Pero cuidado de no pisar mis hojas secas.

(Salen. A poco entra Invierno).

Invierno.—¡Ya atrapó Otoño al Señor Año! ¡Qué coquetería la suya! Seguiré sus pasos y los alcanzaré en seguida. De todas maneras soy la única que tiene derecho a decir que en la bajadita los espero.

(Corre tras ellos.—Telón).

ALEGORIA III

(El Año muy viejo. Barbas blancas y capa oscura).

El Año.—¿Son doce meses los que han pasado o doce minutos? Ligero vuela el tiempo en la Eternidad. Pero a veces dulce es morir después que conocemos cuán ilusoria es la vida. Si no fuera por el frío me sentiría bien. Pero es muy cruel la señorita Invierno, con mis viejos huesos.

(Dentro se oye el canto de las Estaciones).

La noche tranquila
Se viste de luz.
Celebra la esquila
Que nace Jesús.
Es de humilde cuna
La divina ley,
Y alumbra la luna
A mula y a buey.

Año.—¡Ah, qué ingenuos cantos! ¡Cuántas Navidades evocan! Es la Pascua de Nuestro Señor! ¡Pasarán los siglos y siempre nacerá Jesús la misma noche! Pero su nacimiento anuncia que mi muerte está muy próxima.

(Entran las Estaciones, conducidas por el Angel).

Año.—¿Erais vosotras las que cantabáis? Continúa.

Otoño.—Yo creía que a los viejos no les gustaban los cantos de las muchachas.

Primavera.—¡Vaya con el vejete!

Estío.—¿Será loco?

Invierno.—Es un atrevimiento dirigirnos la palabra sin conocernos.

Otoño.—¿Quién sois?

Año.—El año que conocisteis muy joven y que ya llegó a su extrema ancianidad.

Estío.—¡Cuán cambiado!

Año.—Sólo espero las doce campanadas para exhalar mi último aliento.

Invierno.—Os queda entonces un minuto en este mundo.

Año.—Cúmplase la voluntad de Dios. Pero vosotras erais cuatro y ahora veo cinco. ¿Estaré delirando?

Otoño.—No, somos como siempre cuatro Estaciones. Este es el Angel que nos ha acompañado todo el año y que nos ha guiado por el buen camino.

Año.—Ven a mis brazos celestial criatura.

(El Año se acuesta en el banco.—Las Estaciones lo rodean pensativas).

Primavera.—¡Pobrecito señor Año!

Estío.—Era muy bueno.

Otoño.—Y muy inteligente.

Invierno.—Pero un poco inconstante.

Las cuatro.—¡En paz descansen!

(Dan las doce de la noche y el Año se pone de pie, sobre el banco, absolutamente rejuvenecido)

Primavera.—¡Qué prodigio!

Estío.—¡Qué milagro!

Otoño.—¡Qué maravilla!

Invierno.—¡Está tan joven como antes!

El Año.—La muerte no existe. He resucitado de mis cenizas. El tiempo y la vida son eternos. Cantad, cantad.

(Las cuatro Estaciones cantan y danzan en torno del Año Nuevo, que abraza al Angel).

Con el alma unida
Y a una sola voz,
Cantemos la Vida,
Cantemos a Dios.

(Se ilumina la escena con bengalas multicolores y cae el Telón).



La mujer, pensando que el viejecito estaba loco, no respondió nada y se puso a llenar su tinaja en el río. Cuando hubo terminado, se despidió cortesmente del anciano y regresó a su cueva. Llegando allí, se quedó llena de asombro. Sobre una mesita cubierta con un limpio mantel se veían numerosos platos humeantes, llenos de los más apetitosos manjares. Francisqueta comió cuanto quiso, y esa noche, por primera vez en su vida, durmió satisfecha. Cuando despertó, a la mañana siguiente, se sintió fuerte; y estaba rosada y saludable. Cantando alegremente, tomó su tinaja y se fué al río.

Sentado sobre una piedra de la orilla, como el día anterior, el viejecito estaba allí.

—Buenos días, buen señor.

—Buenos días Francisqueta —respondió el anciano—. Tienes hoy mucho mejor aspecto, muchacha, y si te vistieras con más cuidado, lucirías como realmente eres; una mujer joven y no mal parecida.

Francisqueta sonrió, ruborizada, y dijo:

—¡Ay, señor! No puedo vestirme de manera mejor, porque estos harapos son el único traje que poseo.

—Vuelve a tu casa, Francisqueta, y ataviate con las buenas ropas que allí encontrarás.

La muchacha no pensó ahora que el viejecito estuviera loco. Apresuradamente llenó la tinaja en el río, y colocándosela sobre la cabeza emprendió el retorno.

—Hasta mañana, buen viejo —se despidió, alegre.

—Hasta mañana, Francisqueta Seca.

Llena de ansiedad corrió hasta llegar a la cueva que le servía de vivienda, y allí se quedó admirada ante un primoroso traje, humilde y sencillo, pero decente y limpio, como ella nunca lo había soñado. Y junto al traje, la misma mesa del día anterior, cubierta de nuevos platos, diferentes, pero sabrosos y nutritivos.

Feliz, durmió esa noche Francisqueta, y al amanecer, luciendo su nuevo vestido, marchó al río con su tinaja. En la orilla, lavándose la cara, estaba el viejecito, quien sonrió, mirando a la muchacha, y le dijo:

—Alegra la vista verte así, Francisqueta. Luces bonita.

—Gracias —murmuró ella— y con el rostro encendido, rojo como un tomate, se puso a coger agua en su tinaja. Sin poder decir nada, de lo avergonzada que estaba.

—Dime, Francisqueta —siguió diciendo el anciano— ¿En qué casa vives tú?

¡Ay, señor! No vivo en ninguna casa. El lugar que me sirve de habitación es sólo una cueva que se halla al pie de aquel cerro.

—¡Mujer! ¿Y te atreves a dormir así? ¡Expuesta al ataque de las fieras del monte!

—Señor, ¿y qué hago? No tengo otro lugar donde vivir.

—Regresa a tu casa, Francisqueta Seca. De ahora en adelante podrás dormir protegida por un buen techo y defendida por seguras paredes.

Francisqueta corrió y, frente a la cueva, encontró una linda casita con el techo cubierto de tejas rojas; las paredes eran blancas y las puertas azules. La muchacha penetró y, dentro, lo halló todo muy bien arregladito; su cama, su salita, y la mesa maravillosa que siempre estaba provista de buenos manjares.

Francisqueta comenzó a llevar una nueva vida, muy distinta a la que hasta ahora había conocido. Se hizo de amigas y amigos que la querían y admiraban. Con ellos salía a pasear por las calles del pueblo y por el campo.

Un día en el que, con otras compañeras, se fué a tomar un baño en el río, se encontró allí con el viejecito blanco; el del vestido blanco y el pelo blanco también. Como la muchacha, quizá avergonzándose de su amistad, apartara la vista de él, pasando sin saludarlo, el anciano dijo:

—Buenos días, Francisqueta Seca.

Y ella, molesta porque se atrevieran a darle el antiguo y feo nombre con que antes la llamaran, se volvió hacia el viejecito e, indignada, le dijo:

—Apártese, señor. ¿No ve que nos vamos a bañar? Aléjese de aquí.

El anciano se puso en pie y se marchó, pero antes dijo:

—¡Ah, Francisqueta! Qué pronto te has olvidado de los buenos deseos que tuve para tí, y que no eres otra que Francisqueta Seca, la que sólo se alimentaba de yerbas y raíces, vestía de harapos, y vivía en una cueva al pie del cerro.

Cuando Francisqueta, después del baño, pretendió regresar a su casita de tejas rojas, blancas paredes y puertas azules; se encontró conque, ésta ya no estaba allí, ni tampoco la mesa maravillosa, y hasta el vestido que llevaba puesto había desaparecido. Llorosa y arrepentida de haberse comportado mal con el viejecito, tuvo que volver a la antigua cueva, y a los harapos, comenzando de nuevo a alimentarse de yerbas y raíces que encontraba en los rastrojos y conucos abandonados.

Del viejecito blanco, nunca más volvió a tener ninguna noticia.

LOS NIÑOS COLABORAN

LOS DOS AMIGOS

*Por Francisca María Fandito.—4º grado, Escuela Federal N° 1.033.
Barrancas, Estado Barinas.*



Antonio y su amiguito Arturo decidieron un día ir al campo a cortar leña. La madre de Antonio se opuso y dijo a éste que no fuese; pero el niño porfió y se fué con su compañero.

Cuando llegaron al bosque se pusieron a cortar leña, y Antonio no se fijó que al pie de un árbol se encontraba una serpiente. Se acercó más y el maligno animal lo mordió en un pie.

Arturo se encontraba un poco retirado de su amigo, y corrió a los gritos de éste. Vió la herida que tenía, y entonces recordó una ligera explicación que su maestro les había dado para aplicar remedio a las mordeduras de serpientes. Inmediatamente el niño puso una liga a su compañero en la pierna, entre el corazón y la herida, a la cual chupó luego con su boca; echándose seguidamente en hombros a su compañero. Arturo se dirigió al pueblo y llevó a Antonio a casa de su mamá, y le aplicó entonces una inyección de "Suero antiofidico". La madre del herido, asustada, y a la vez muy sentida con su hijo, le cuidó mucho y le dió buenos consejos.

Ahora Antonio y Arturo son mejores amigos que antes, y muy obedientes con sus padres.

Vean, pues, queridos compañeros, cómo es mala la desobediencia.

F. M. F.

TEATRO DE TITERES

EL FALSO FAKIR

(Adaptado de una obra de Alfredo S. Bagalio)



UN ACTO.—PERSONAJES: *Paulín*, Niño de edad escolar. Viste traje de cazador.—*RAMONA*, Sirvienta.—*FAKIR*, Viste túnica blanca, con un cordón oscuro a la cintura; turbante blanco.

Decorado: Una habitación. Puertas laterales. En el foro: Armario con libros.

Al levantarse el telón, la escena está sola. Desde el interior se oye la voz de Ramona.

RAM.—Paulín, ¡Paulín! ¡Paulín!

PAU.—(*Aparece en la escena*)— ¡Siempre lo mismo! En esta casa no se puede estar tranquilo. A cada momento me llaman: ¡Paulín para acá! ¡Paulín para allá! Qué fastidio. Creen que la vida de un cazador de fieras consiste en escribir planas, hacer composiciones y resolver problemas. ¡Estoy cansado de la geografía, la historia, y todas esas cosas! Yo lo que quiero es llegar a ser algún día, domador. ¡Domador de leones! Y meterme en la jaula con las fieras, llevando una silla en una mano y el revólver en la otra, y que los terribles animales salten de un lado para otro, asustados, con mucho miedo a su domador Paulín el Valiente. ¡Ah! Pero primero tendré que cazar las fieras. Me iré al Orinoco, a las grandes selvas. Y en un río, lucharé sólo con un tremendo caimán, y lo sacaré a la orilla, amarrado e inofensivo. ¡Y que vengan tigres, y leones y todos los animales malos del mundo. Yo los cazaré, con trampas, con escopetas o con mi habilidad y la fuerza de estos puños!

RAM.—(Apareciendo por la puerta, a espaldas de Paulín). ¡Paulín, niño; te estoy llamando!

PAU.—(Se asusta, dando un salto). ¡Ah! ¡Qué susto! Creí que era un tigre.

RAM.—Es que tu mamá me dijo que te recordara que tenías que estudiar. No tuve intenciones de asustarte.

PAU.—¡Asustarme yo! ¡Qué va! Soy cazador que no le tengo miedo a nada.

RAM.—Si, ya sé, no le tienes miedo ni al coco, ni a las brujas, ni al diablo, ni a ninguna de esas cosas; porque bastante te hemos dicho todos que nada de eso existe. Además, tú te crees un gran cazador.

PAU.—¡Me creo, nó! Es que soy un cazador de verdad. ¡Un gran cazador!, y muy valiente.

RAM.—Y que echa a correr cuando ve cualquier perro por la calle.

PAU.—Ah, pero eso es cuando no tengo la escopeta a mano, ¡Si nó...!

RAM.—Bueno, pero ya has jugado bastante, Paulín. Ahora ponte a estudiar.

PAU.—¡Caramba! ¡Todo el día estudiando! Si apenas acabo de llegar de la escuela!

RAM.—Hace más de dos horas que estás jugando. Y si no estudias, puede presentarse el Fakir.

PAU.—Los fakires están en la India, no les tengo miedo. Además, papá me dió un buen garrote. (Vá, lo trae y lo muestra). ¿Ves? Esto es para acariciarle el lomo a quienes intenten asustarme. Lo tendré a la mano, por si acaso. Voy a esconderlo aquí. (Sale de la escena, lo deja y vuelve).

RAM.—Anda a estudiar, Paulín. Mira que los fakires aparecen cuando uno menos lo espera. Si viene uno, no te dará tiempo ni para coger el garrote.

PAU.—¡Ah! mis sentidos son tan finos como los de las bestias salvajes. A leguas, presentiré cuando venga el fakir. Si es que viene.

RAM.—Mira que los fakires, a los niños que no estudian, los convierten en gatos, gallinas, conejos...

PAU.—No seas tan boba, Ramona. ¡Qué voy a creerte yo eso!

RAM.—Bueno. Yo no sé. Estudia, si no quieres pasar un susto. (Se va).

PAU.—¡Qué mujer tan miedosa! Pobre Ramona. Creyendo que los fakires... Bueno, ellos sí existen; el maestro me lo dijo. Pero no me atreví a preguntarle si era verdad que convertían a los niños en animales. Después iba a creer que yo tenía miedo. ¡Miren qué Ramona! Esos son puros cuentos que ella inventa.

(El fakir aparece por una puerta, a espaldas de Paulín, quien nota su presencia y comienza a temblar cómicamente).

FAKIR.—(Hace algunos pases en el aire, con las manos). ¡Bracandrucadraca! ¡Jamalunga! ¡Chan... Sing!

PAU.—(Temblando). Comenzaré a estu—tu—tudir. Haré mis ta—ta—reas. No me haga nada señor fa—fa—kir—kir.

FAK.—Ya es tarde para arrenpentirse. Por desobediente y falto de aplicación, te convertiré en gato, en burro, en conejo, en cochino o en cualquier otro animal.

PAU.—No, no, señor fa—ki—kir. Déjeme, que tengo mu—mu—mucho que estu—tu—diar. (Pretende irse).

FAK.—¡Alto! ¡Bracandrucadraca! ¡No te marcharás! (Paulín se detiene). Veremos en qué clase de animal te convertimos. Vamos; ladra, a ver que tal serías como perro.

PAU.—¡No, no! ¡Váyase! Déjeme.

FAK.—¡Ladra, te digo! ¡Bracandrucadraca! ¡Jamalunga! ¡Chan... Sing! (Se aproxima amenazador)).

PAU.—Sí señor. Está bien, pero no me haga nada.

FAK.—¡Ladra! Ladra.

PAU.—¡Jau! ¡Jau, jau! ¡Ay, señor fakir, yo no quiero ser perro! No, no. (Llora). No quiero.

FAK.—No sabes ladrar. Lo que haces es llorar. Serías un pobre perro llorón.

PAU.—¿Me puedo ir, entonces, señor fakir?

FAK.—¡No! ¡Brancadruncadraca! Si no sirves como perro, puedes quizá llegar a ser un gato. ¡Vamos, maúlla!

PAU.—¡Miau! ¡Ñau! ¡Ñarrarrau! (Llora). ¡No, no, señor fakir; tampoco quiero ser gato! (Empieza a gritar). ¡Ramona, Ramona; ven ligero, ven!

FAK.—Nadie vendrá. He hipnotizado a Ramona, y ahora está durmiendo. Tú también vas a dormir. Así podré convertirme más fácilmente en el animal que yo quiera. (Comienza a hacer pases magnéticos).

¡Duerme! ¡Brancandrucadraca! Duerme. ¡Chan... Sing! Duerme, duerme.

PAU.—(Se tambalea como si tuviera sueño). Voy a hacerme el dormido. ¡Si pudiera coger mi garrote!

FAK.—¿Qué dices? ¡Mucho cuidado! No tolero que me rezonguen.

PAU.—(Caminando como sonámbulo): Tengo sueño. Mucho sueño. Estoy dormido. (Va al sitio donde escondió el garrote y saca éste). Ya voy a estar moliendo a palos a este condenado fakir.

FAK.—¡Ah! Ya está bien dormido. (Volviéndose a los espectadores). ¡Señores del público! ahora verán ustedes las cosas que es capaz de hacer una persona hipnotizada. ¡Paulín hará maravillas! Volará por los aires, como un pájaro. Saltará como el mejor de los acróbatas. Se parará de cabeza, sosteniéndose en un solo dedo. ¡Ah! Ya verán.

PAU.—(Acercándose por detrás del fakir comienza a asestarle garrotazos). ¡Toma, vagabundo! ¡Toma, toma! Lleva leña.

FAK.—¡Ay, ay! ¡Déjame! ¡Me vas a matar! ¡No me des más palos! ¡Déjame, que no te hare nada! ¡Ay, ay! Qué va, lo que soy yo me voy! (Huye corriendo y desaparece por una puerta).

PAU.—(Con su garrote en la mano, buscando por todos lados). ¡Déjenlo que vuelva a venir! ¡Le voy a dar más palos que a una gata ladrona! El como que se creía que yo era bobo. (Dirigiéndose al público). Vamos a hacer una cosa, muchachos; si ustedes lo ven, me avisan, para darle otra buena paliza. No dejen que me coja descuidado.

RAMONA.—(Entra por una puerta). ¡Pero, niño Pulín, todavía no has empezado a estudiar!

PAU.—(Da una salto y le cae a palos a Ramona). ¡Toma, fakir! ¡Toma! ¡Toma, lleva más palo, fakir de porra!

RAM.—¡Ay. ay. déjame Paulín. Me vas a matar. Yo no soy ningún fakir!

PAU.—¡Ramona, dispénsame! Me equivoqué. Creí que eras el vagabundo ese.

FAK.—(Entra por una puerta, tambaleándose). Ramona, por Dios. Yo me muero. Estoy molido a golpes.

PAU.—¡Aquí está de nuevo el fakir! (Comienza a darle garrotazos). ¡Bandido! ¡Toma, toma! ¡Lleva palo! ¡Toma!

FAK.—¡Ay, Ramona, este niño me va a matar! ¡Quitámelo! ¡Ay, ay!

RAM.—(Sujetando a Paulín). ¡Paulín, déjalo! ¡no le pegues más! Mira que él no es ningún fakir. ¡Este hombre es mi marido, Paulín! ¡Mira cómo me lo has puesto!

PAU.—¡Ah! ¿Y para qué se metió conmigo? ¡Que aguante!

RAM.—(Llorando). Fué que yo le dije que se disfrazara de fakir, a ver si así te hacía estudiar.

PAU.—Sí, pero él no contaba con que yo soy un cazador valiente.

FAK.—¡Cazador valiente! Estuviera yo sano, para que vieras la tanda de golpes que te daría.

PAU.—(Volviendo a golpear al fakir). ¿Me amenazas? ¡Entonces, toma, toma lleva más palo, toma, toma!

RAM.—¡No me le sigas dando golpes, Paulín, porque yo también te puedo pegar! ¡Te puedo pegar a tí, por haber aporreado a mi pobre marido!

PAU.—A mí? ¡Qué va! (Golpeando a Ramona y al otro también). ¡Toma, lleva garrote tú también! ¡Lleven los dos! ¡Tomen, tomen!

RAM.—¡Vente, mi pobre marido; vámonos corriendo, que este muchacho nos va a matar! ¡Vente! (Huyen los dos, y Paulín detrás, golpeándolos). ¡Ay, ay! ¡Ayayay!

PAU.—¡Tomen, vagabundos! Corran, corran, cobardes! ¡Aprendan a ser valientes!

TELON.

ADIVINANZAS EN PROSA

(Viene de la Pág. 7)

- ¿En qué copa no se puede beber?
- En la de un árbol.
- ¿Qué es lo que pasa por un río sin hacer sombra?
- El sonido de las campanas.
- ¿Qué se necesita para prender una vela?
- Que esté apagada.
- ¿Y para que un perro entre en la iglesia?
- Que esté la puerta abierta.
- ¿Qué le dijo la luna al sol?
- Tan grande, y no te dejan salir de noche.
- ¿Qué le dijo la vaca al gato?
- Tan pequeño, y yo con bigotes.
- Tiene que comer, y no come; agua, y no bebe; ojos, y no ve; barba, y no se afeita.
- El coco.
- ¿Qué es lo que no hizo Dios a las taparas?
- La boca.
- ¿Qué es la cosa que no se puede nombrar, sin romperla?
- El silencio.
- Cae al agua, y no se moja; cae al suelo y no se rompe.
- La sombra.
- Debajo del agua nace: ni es pez ni hierba.
- La sal.
- ¿Qué es lo primero que mete el ganado en el corral?
- Los ojos.

R. O. F.



FLORA VENEZOLANA

EL QUIMBOMBO

(HIBISCUS ESCULENTUS)

Esta malvácea recibe también los nombres de *gumbó, ocra, ñajú*; todos de origen africano, pues siendo oriunda de los trópicos del hemisferio oriental, fué traída a América por los negros de Africa.

Es planta herbácea anual, de medio a uno y medio metros de altura, ramificada, las hojas palmatilobuladas, las flores axilares con los pedicelos más cortos que los peciolos, los pétalos amarillos con la base de color encarnado subido, las cápsulas oblongo-lanceoladas, velludas así como las semillas. Los botones florales y los frutos verdes sirven para preparar sopas tan sabrosas como nutritivas; los últimos se aderezan también como verdura o ensalada. Las hojas mucilaginosas sirven para hacer cataplasmas emolientes y la raíz puede sustituir la de malvavisco. De los tallos se extrae una fibra fuerte, utilizable como textil.



FAUNA VENEZOLANA

L A I G U A N A

(IGUANA IGUANA)

Entre el orden de los saurios, la iguana es sin duda la especie más vistosa y útil. Alcanza una longitud de uno y medio metros, de la cual la mitad corresponde a la cola. Desde la nuca hasta la base de la cola se eleva una cresta formada por lápidas espinosas de formas lanceoladas y muy blandas. La cabeza es grande y cubierta de escudos. Las patas son gruesas con cinco dedos largos armados de uñas encorvadas y afiladas; la lengua es gruesa y larga, la que le sirve para coger los alimentos y llevarlos a la boca; las mandíbulas, con bordes afilados, que tienen por objeto cortar los vegetales que ha de comer, pues es exclusivamente herbívora en su alimentación y esencialmente de hábitos arbóreos. El color general de la iguana es verde-grisáceo, con listas negras, la cresta de los machos es rosada. Los tipos jóvenes son de un verde más brillante. Las hembras ponen sus huevos en número de 20 o 40 en el suelo arenoso de las orillas de los ríos, cubriéndolos toscamente con hojas secas.

La iguana es excelente nadadora, tirándose al agua desde arriba de los árboles, al sentirse en peligro.

Por su carne, su piel y sus huevos, es un animal muy perseguido. Algunos cazadores practican la bárbara costumbre de abrir el vientre a las iguanas para extraerles los huevos, creyendo erróneamente que las víctimas sanan luego de la herida.

LEMON

A LA MANERA VENEZOLANA



© 1945 - NUMBER 70